



# PANEGÍRICO

DE LOS SABIOS MÉDICOS Y MÁRTIRES ÍNCLITOS

**SAN COSME Y SAN DAMIAN, PATRONOS DE ARNEDO**

---

POR EL

---

**DOCTOR D. TOMÁS HERRERO Y HERRERO**

HIJO DE LA NOBLE Y LEAL CIUDAD Y ABAD DE LA REAL

---

COLEGIATA DE SAN ILDEFONSO

---

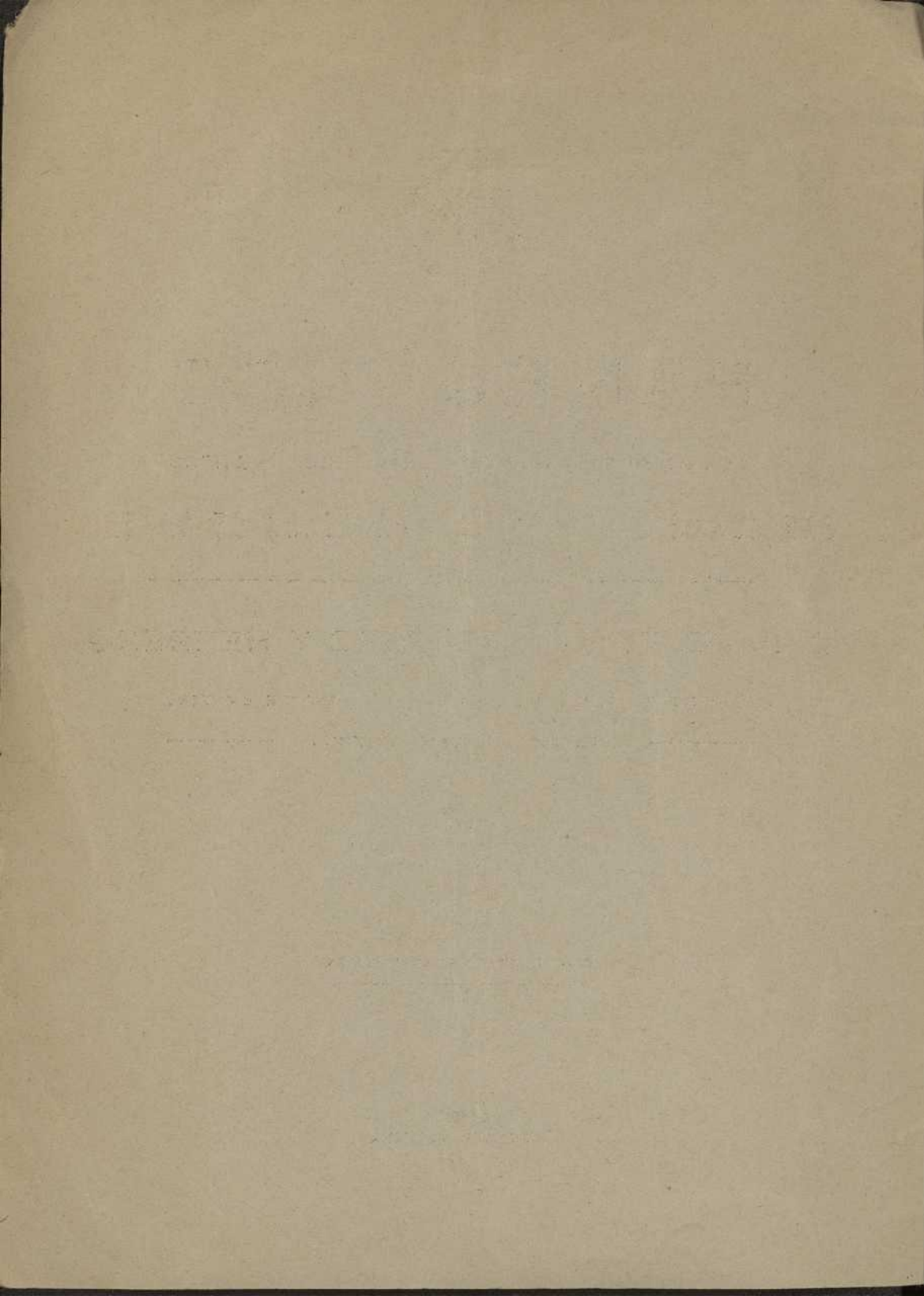


---

CON APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

---

ARNEDO  
IMPRENTA MODERNA  
1928





# PANEGÍRICO

DE LOS SABIOS MÉDICOS Y MÁRTIRES ÍNCLITOS

**SAN COSME Y SAN DAMIAN, PATRONOS DE ARNEDO**

— POR EL —

**DOCTOR D. TOMÁS HERRERO Y HERRERO**

HIJO DE LA NOBLE Y LEAL CIUDAD Y ABAD DE LA REAL

— COLEGIATA DE SAN ILDEFONSO —



—  
CON APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA  
—

ARNEDO  
IMPRENTA MODERNA  
1928

10007040936

R. 919



JUNTA DE PATRONATO  
DE RECONSTRUCCIÓN  
DEL  
PALACIO DE LA GRANJA

20.5.20

Mi querido amigo Sr. Gregorio: Llego su  
cuento con la luz de las oportunidades: se  
mana de conferencias entre muchos 800 solda  
dos; no obstante solemne que predica y traba  
ja de Palacio est est. Pero como tratándose  
de acuerdo cualquier asunto me obsesionan  
a veces por haciendo la labor que adjunto

He creído conveniente escribir la música del  
coro, porque en esta clase de trabajos es muy  
necesario, que las ideas, el ritmo, prosa y  
y poética, tengan completa expresión y ajuste en  
la música; y que verso y música tengan el  
mismo sentimiento estético.

La partitura la he limitado al canto y ba  
se de armonía. El hijo de la casa o quien sea  
puede desarrollarla a su gusto, y componer

la de las estrofas, aprovechando el tema fundamental  
melodico del coro.

Seguirme con franqueza el juicio que les merece  
aunque difícil me sería modificarlo

Recibí V. los ejemplares de "Palanquem"? me extraña  
por el trabajo; si aun corregido es el original

abierta la lista de donativos suscribame con  
tres pesetas. Buenos venenos.....

Much de prima le saluda con recuerdos a  
mis cuñados y a sus hermanas su primo

Carlos



Al mto censor, virtuoso y singular sacerdote  
y amigo muy querido de Gregorio Mar-  
tínez, muy agradecido y con mucha  
de afecto

El autor

A. 25.9.28

Me lo regaló Don Gregorio Martínez, en  
Calatruco, y se lo agradezco mucho

Felipe Abad León  
Pbro

NIHIL OBSTAT

CENSOR

GREGORIUS MARTÍNEZ

Calagurri, 10 Octobris 1928

Imprimatur.

VICARIUS GENERALIS

EDUARDUS RUBIO

(Hay un sello)

## PREFACIO

*Dico ego: opera mea Regi: Psl. 44, v. 1.*

Comienzo al hablar por deciros: este humilde trabajo lo dedico al Rey.

Cariñosos paisanos y amigos queridísimos, con nobilísimo empeño, digno de una obra verdaderamente meritoria, han decidido publicar este modesto panegírico a los ilustres médicos y mártires ínclitos San Cosme y San Damián, patronos de Arnedo, que, ni aún enjuiciado con benevolencia y avalorado por el afecto, tiene derecho a tanto honor, ni encontrará estima y aceptación, fuera del ambiente de esta Ciudad.

Sacrificando su modestia, el orador accede a tan decididos requerimientos, (muy entusiastas, quiza, por haber sido enfocada la personalidad de los santos Mártires, dentro del marco de la ciencia médica), atento al deseo recíproco de conservar un recuerdo de la festividad y función religiosa celebradas en el año actual, grato por muchos motivos, en particular para quien, restablecido de larga enfermedad, en agradecimiento a la protección de los Santos, tuvo la satisfacción de pronunciarlo.

De muy buen grado, a fuer de reconocido, lo dedicaría íntegro a tan generosos coeditores, pero declinado lo que juzgan ser honor, con estimada coincidencia, de sus pobres méritos, desglosamos, el comentario a la doctrina inspirada, y lo ofrendamos a Cristo, Rey inmortal; el panegírico, muy suyo, a los príncipes gloriosos San Cosme y San Damián; y el discurso, labor más subjetiva, a nuestra querida Ciudad, Reina entronizada en todo corazón arnedano, que reina, con el muy dulce reinar de los amores, en el corazón, muy suyo, del último entre sus hijos y como el primero, entusiasta.

Indicado el motivo, hecha la dedicatoria, os ruega, amables lectores, no empecéis a ojear el opúsculo, sin leer antes, la siguiente

## AUTO-CRÍTICA

El actual panegírico, lector querido,  
Que para conocerlo, se te da impreso,  
No nació para escrito, sí para oído;  
Largo de talla, lo siento, te lo confieso.

El traje literario, sin forma ni arte,  
Con que a ser enjuiciado se presta ahora,  
Si gustó al buen oyente, se debió en parte,  
A la fe, que no actuaba de fisgadora.

Como fué pronunciado, así se ha escrito;  
Pero al vuelo, de prisa, sin corrección;  
Si me otorgas la gracia que solicito,  
Indulgente y piadoso, lee el sermón.

Déjalo pasar corriendo, bajo tu vista;  
Toma el bagaje que lleva, de mis ideas;  
Estudia bien a los Santos, deja al artista;  
Y no perderás el tiempo, cuando lo leas.

*El Autor.*



# ARNEDO

LEYENDA CÍVICO-RELIGIOSA, A GUISA DE PORTADA Y PRELUDIO

.....

No podría encontrarse marco más apropiado al Panegírico y concertar un preludio más expresivo al himno de los Santos mártires Cosme y Damián, que los que ofrece nuestra Ciudad querida, formados con su escudo, leyenda, ejecutoria miniada, templos y fiestas tradicionales.

En su escudo de azul celeste, al fondo, aparece un río (el Cidacos) cruzado por levantado puente, de cuyas dovelas arrancan los frentes de tres almenas; en tres barras, a modo de marco abierto, lleva grabado el mote, sentencia-secreto de su leyenda «*Hoc, hic, mysterium fidei firmiter profitemur*» y rematando el conjunto se destaca una corona.

Complemento del escudo, es la ejecutoria mandada expedir por S. M. el Rey don Felipe IV, fechada en MDCLIII, bellamente miniada con figuras alegóricas, en las que se sintetiza gráficamente su historial cívico-religioso.

En la Edad Antigua, los primeros moradores, los *areneti* (arnedanos) habitaron en fortalezas-viviendas abiertas a pico en las rocas arenosas, flanco de la vega, estribación serrana de los Verones, desde donde la vigilaban, atentos a las incursiones nómadas, o se defendían de las falanges romanas, destacadas de *Calagurris* (Calahorra).

¡Cuántas veces regarían con su sangre la fértil vega! Sin medir el número y calidad del enemigo, con la rapidez del águila, se precipitaron un día desde su atalaya a cortar el paso a las falanges de Tidaco. El general romano se apuntó el triunfo, y como uno de los Gracos a Grávalos, dió su nombre al río, lugar de la refriega (Cidaco). El puñado de valientes, predecesores nuestros, bien mermado, cubierto de gloria se replegó a su fortaleza y, desde sus riscos, debió gritar al enemigo: esos hermanos, prisioneros vuestros, muertos quedaron, pero no vencidos; pues han sabido morir por su patria y por sus lares.

La villa heroica, Arnedo, que en el período de la Reconquista mantuvo a raya al enemigo, haciendo de su río legendario una muralla infranqueable, desde San Miguel, ermitorio y fortaleza, observaba sus movimientos en derredor de un lugar, Vico, donde había plantado sus tiendas primitivas, que sustituidas después con edificios, formaron el pueblo residencia de un gobernador, Kan o Kaid. Más de una vez libraron los arnedanos batallas, quizá en los mismos dominios musulmanes, sin lograr exterminarlos, pero cubierto de laureles, dueños de la vega, se replegaron a su fortaleza, seguros de un triunfo definitivo.

Al correr de los tiempos, haciendo una vez más verídico el pensamiento crítico-histórico «*Victi victoribus leges dederunt*», terminaron por imponer sus leyes, el Evangelio, al invasor, pues convertido al cristianismo el último de sus Kan, se le dió carta de naturaleza y vecindad; y nobles, generosos, los arnedanos, en premio a su fe, que levantó un ermitorio a la Virgen de Vico, después convento franciscano, le concedieron, en propiedad, el término municipal que lleva su nombre: Candevico.

En el siglo XVI, se levantó un puente sobre el río, que unió los dos términos municipales, recuerdo de sus luchas por la Patria y por su Dios.

El pueblo hidalgo y aguerrido, que en las contiendas medievales supo conservar la fidelidad a Dios, a la Patria y al Rey, como los nobles, con sus proezas, consiguieron para sus palacios una, dos y tres almenas, obtuvo la merced y premio de ser plaza fuerte con castillos de defensa, a cuyo pie se levantó un templo, hermoso ejemplar de fin siglo XV, Santa Eulalia, galardón y estímulo a su religiosidad.

Aquella mesnada, primero villa, después pueblo numeroso, fué declarado ciudad muy noble y leal, con privilegios, exenciones y derecho a escudo heráldico, por el citado Monarca. En el escudo, el río simboliza la sangre vertida en sus luchas con el Imperio; el puente, su triunfo sobre las huestes agarenas; las almenas, como el castillo, el timbre de nobleza y recuerdo de sus hechos heroicos; la corona, la egregia sanción a su historial y fidelidad; el mote, que hace más expresivo el motivo, lo amplía significando el supremo ideal por que lucharon, y bajo cuya égida y protección, Dios coronó sus esfuerzos y premió su valor y su fe: Aquí, en Arnedo, dice la leyenda sacramental, haciendo más expresivo el gráfico, con ánimo decidido y fe firme, proclamamos al misterio de la Eucaristía, fuente de todos los misterios católicos y de nuestro amor a la Patria y a Dios.

Más expresiva aún de su historial patrio y religioso es la ejecutoria artísticamente miniada y hecha símbolo de la personalidad de Arnedo. En la portada, figuran: la Sagrada Familia, su formación cristiana; la Visitación su misión de heraldo, como el Bautista, del Salvador de los pueblos; y Jesucristo su Rey y su Dios. En su primera página, simbolizan Santo Tomás Apóstol, cantor de Dios, autor de la naturaleza y de la gracia, su conversión, las luchas medievales patrias, su integridad católica, frente al protestantismo del siglo XVI, la heroica mártir española Santa Eulalia; y a ambos dedicó dos templos, que cual vigías presenta en los brazos salientes de su roca y castillo, fortalezas de sus lares, la Ciudad.

Epílogo de su historial patrio y religioso; prototipos de su personalidad cincelada por la fe, por los tres grandes amores de los pueblos nobles y por el heroísmo; égidas de su destino, almo-soplo de su leyenda y corona de la página miniada, son San Cosme y San Damián.

No bastó a Arnedo la devoción a sus imágenes prodigadas; los ermitorios y las fiestas con que agradecía su protección; y les proclamó patronos, y levantó un templo suntuosísimo dedicado a su culto y su memoria, en el centro y cabeza topográficos de la población, a principios del siglo XVI. Templo del arte y de la historia, en sus altares representa, la más antigua de sus devociones, Vera-Cruz, sus ideales antiguos; la Virgen Santísima de Vico, talla del siglo XI, evoca la epopeya de la Reconquista; San Cosme y San Damián, toda su historia. En él hay dos tronos: uno para Jesús, otro para los Santos Mártires; ante ellos, han desfilado las generaciones, reproduciendo la leyenda de su escudo y cantando el himno de su fe al Augusto Sacramento, el de su devoción y gratitud a los Santos. En él ofrendaron sus votos, celebraron su fiesta principal, se hace el panegírico, los años todos; y todo: pueblo, escudo, minios, templo, son su himno.

*Sapientiam Sanctorum narrent populi et laudes eorum nuntiet Ecclesia; nomina autem eorum vivent in saeculum saeculi.—Eclesiast cap. 44, v. 15-14.*

Celebren los pueblos la sabiduría de los Santos, cante a sus virtudes un himno de gloria y honor la Iglesia; dignos son quienes viven la vida de la inmortalidad.

Introito de la Misa de San Cosme y San Damián.

Venerables sacerdotes, M. I. Ayuntamiento, dignas Autoridades, paisanos míos queridísimos, nobles navarros, y amados todos en Cristo Dios.

## (Tres corazones dignos de estudio)

---

### I

#### CORAZÓN DEL PRIMER HOMBRE

Se ha dicho por un célebre pensador, y es una gran verdad, «que después de los libros divinamente inspirados, el más grande es el de la naturaleza, y de sus páginas, la más bella, el corazón humano».

#### EL PRIMER CORAZÓN

Y este libro, expresión de la ciencia divina, bosquejo gráfico y faceta de la belleza infinita, código encarnación de la voluntad del Creador, tenía un epílogo, síntesis de las maravillas exparcidas en el Universo; el hombre, intérprete a la vez de sus páginas y de su Autor; tan soberano, que llevaba las ciencias, cual esmeraldas, engarzadas en sus sandalias; prendido a sus hombros manto celeste, rico tejido y tapiz, alarde de arte divino, de bellezas excelsas; brillaba en su cabeza corona esmaltada, símbolo de la supremacía universal; y con ser tan grande el libro, y más admirable el epílogo, lo más grande, admirable y bello, era el corazón humano: Que en el conjunto de armonías creadas, el Universo era el templo, su Sacerdote el

hombre, sagrario el corazón humano, donde el alma, en continua presencia de Dios, dirigía el himno dulcísimo, con que la Naturaleza cantaba la sabiduría, belleza y poder infinitos; y en nombre de la creación, sobre el ara sagrada, ofrendaba al Creador los frutos de su gratitud, tributo de su amor.

Pero en hora fatídica, el Precito, induciendo al hombre engañado a dar un salto hacia lo desconocido, le precipitó en el abismo, y al caer, quebró el pecado su corona, rasgó en cien jirones su manto bellissimo, e hizo saltar, perdiéndose, las ciencias de sus sandalias. Trocado en nota discordante de las armonías creadas, humillado y triste, se sentó en el montón rocoso de su trono y Alcázar, desplomados sobre los cimientos, y de la lira de su corazón herido, rozadas sus cuerdas, brotaron las notas de la primera elegía, con la que el alma, ante el Universo apenado, cantó su gran infortunio.

Decidido a huir del teatro de la desventura, mendigó al árbol un infolio para ocultar su deshonra; emprendido el éxodo, sintió en su caminar la fatiga de las enfermedades; acechado por la muerte, atravesó torrentes formados por lágrimas de sus hijos teñidas con sangre humana; y transformado el corazón en bajel y embarcada el alma, bogó en el mar de las tribulaciones, que a cada momento le amenazaba sepultarla en los abismos. La Providencia, apiadada, dotó a la nave de velas, blancas como la esperanza; el sopro de una promesa divina hinchó las velas, empujó a la nave, y atravesando la historia, después de cuatro mil años, arribó el hombre a las playas del calvario, donde sintió las primeras caricias de la felicidad, al ver que un descendiente de su raza, de humilde presencia, pero que revelaba encarnar la sabiduría, belleza y poder infinitos, abriendo los brazos, ofrecíale realizar su dorado ensueño de ser redimido diciendo:

### (Corazón de Cristo)

Con el aliento de mi boca encendí el Sol y las estrellas desde el Cielo, y nacido en mísera cabaña, sombreada por noche oscura, sentí frío; mi palabra creadora hizo brotar del árbol, frutos; cristalinas corrientes de aguas puras, en las faldas de las montañas; y padezco hambre, tengo sed; con mis dedos tejí ricas pieles para vestir a los brutos; de mi paleta salieron los colores que embellecen las plumas de las aves; y al venir al mundo, llegué desnudo; y la piedad de mi madre sólo pudo proporcionarme la desteñida túnica que llevo puesta; creador de las maravillas de la Naturaleza, los seres me cantaron un himno de gloria, y hoy sufro en el vacío el rumor de los desprecios. Al sellar con el silencio su boca el Nazareno, el hombre vió que en su expresiva mirada se revelaba la sabiduría divina; fluía de sus labios, matizada por inefable sonrisa, la palabra de Dios, que hiciera levantarse alborozados a los enfermos de sus lechos; llenos de vida a los muertos de los sepulcros; canto de virtudes supremas, bellezas del alma; de sus manos caían desgranadas las obras prodigios de su caridad, como perlas talladas por la Omnipotencia, pero que a su rostro surcaban lágrima-

mas arrancadas por el ronco bramar de los odios, con que Israel amenazaba al Redentor de su raza y tuvo miedo de que un nuevo delito podría trocar, un día, en pesares, sus primeros inefables consuelos. Por desgracia, sus temores fueron una predicción.

El pueblo judío, nuevo Caín, condenó a muerte por sabio, bueno y poderoso, al buen Jesús; y al verle en una Cruz, clavadas las manos, nublados sus ojos, yertos sus labios, oprimido de angustia el corazón, agonizante el alma; al oír la frase final del sacrificio *Consumatum est* (1) todo ha terminado, tembló; pero al sentir que la tierra crugía bajo sus pies y trepidaba, cual si el Ángel de Job, cogiéndola por los polos, la sacudiera, para lanzar por los aires a su raza y hundirla en el abismo, en un espasmo de horror, lanzó el grito *lasciate omni speranza*, perdido se ha toda esperanza, y cayó desplomado.

Pero no; el Mártir del Golgota, si era hombre, también Dios; su profecía «*Si exaltatus fuero a terra omnia traham admeipsum*» (2) había de cumplirse; y fueron apareciendo a espaldas del Calvario multitudes, que, poniendo en precipitada fuga a los deícidas, rodearon a la Cruz; se las vió enarbolarla, a guisa de estandarte, y emprender, redimidas, el viaje hacia la nueva tierra de promisión; guiadas por las figuras cumbres del cristianismo atravesaron, en expresión de Ritter, el más grande de los puentes históricos, el Evangelio, las antiguas civilizaciones cristianizadas, camino de la ciudad de Dios, la Iglesia, escuela de regeneración, alcázar de cultura, templo de redimidos, en los que se ha formado la nueva civilización de Cristo, y a donde vamos a entrar también nosotros, para estudiar a dos brillantes Genios de la raza, San Cosme y San Damián, médicos, Santos y mártires, admirando en ellos la obra del Redentor y en sus obras, lo que a ella debe la humanidad doliente, anhelante, como su primogenito, de saber, de ser buena y bella, de vivir la vida inmortal.

El corazón del primer hombre pecador, lo dejamos desfallecido y, por miserable, abandonado sobre el acantilado del calvario; el corazón de Cristo redentor, abierto a guisa de academia, en la que se han ido modelando los corazones de los sabios, de los Santos, de los mártires, entronizado en la Cruz; los corazones cincelados en ella, hechos semblanza del divino modelo, bellos ejemplares, están aquí: los de San Cosme y San Damián.

### (Corazón de mártires)

Médicos, avalaron los principios científicos, enriquecieron la ciencia médica y la reforzaron con los teológicos sobre la etiología de las enfermedades y su remedio; Santos, bordaron con bellezas morales el manto de su propia nobleza; mártires, se immortalizaron.

(1) St. Johann, cap. 29, v. 30.—(2) Id., cap. 12, v. 32.

Al verles, los pueblos, admirados, celebraron su ciencia; la Iglesia cantó su virtudes y Dios ciñó sus frentes con coronas de gloria, realizándose la profecía-consejo del *Eclesiastes* que me sirvió de texto y lema.

Imperativos del deber, correspondiendo a la invitación que me hiciera vuestro muy culto y celoso Pastor a pronunciar el Panegírico de los Santos y de cumplir mi voto de gratitud a los ínclitos médicos, a la Virgen Santísima de Vico y a Dios N. S., por haberme hecho merced de devolver la salud, me han traído aquí a cantar, en un himno de gloria, su ciencia, sus virtudes, su heroísmo, cincelados con la gracia en su bellissimo corazón.

Para inspirarme y planearlo, el *Eclesiastes* me prestó su frase; del libro de la naturaleza tomé una página, que el Altísimo bañó con su ciencia y con su luz, la orló con lo más bello de sus concepciones artísticas; en sus planteles anidó la fecundidad y canta endechas de amor la vida, agradecida a tamaña esplendidez; cuna de mi educación, paraíso donde se siente la alegría del vivir y el vivir de la fe; fronda en que la brisa de la inspiración siempre deja sentir sus caricias; en esa página encontré las primeras notas de mi canto y esa página es Arnedo; faltábame un corazón en el que había de compulsar ideas, ciencia, virtud, heroísmo, que dieran vida y personalidad al pensamiento, calor a la elocuencia, y todo lo encontré por duplicado en el corazón de los Mártires, bordado con los matices de los cantos épicos; y ese corazón lo tenemos aquí: es el corazón de los Mártires.

Del fondo de mi alma, surgió fácil el himno de mi canto, las estrofas del discurso.

Quiera el Cielo sepa revelar en ellas, con todo su realismo, la semejanza de los Santos, y con su inspiración, redondear el discurso, hasta merecer vuestro asentimiento.

Seré, Señor, el narrador de grandezas y favores; hacedlas expresivas con vuestra gracia.

Virgen de Vico, númen de mi inspiración, aliento soberano de mi palabra, amor de mis amores y madre queridísima; seguro de conseguirlos por Vos, agradecido, como el ángel, os saluda el hijo de Arnedo e hijo vuestro, diciendo: Ave María.

## (El corazón bellissimo de dos Mártires)

---

### ESQUEMA

Amadísimos, todos, en Cristo-Dios:

Cuántas veces, desde la tribuna del Arte, acompañado por las voces de ese Órgano, como el ruiseñor en la enramada, inconsciente de la dulzura de sus trinos, de la melodía de sus arpegios, inocente, pero emocionado, canté: *Sapientiam Sanctorum narrent populi, et laudes eorum nuntiet Ecclesia, nomina autem eorum vivent in saeculum saeculi*, sin darme cuenta de los ideales, que integran la frase, del pensamiento, que la informa: Y cómo había de pensar, que en aquellas fechas, primavera de mi vida, Dios me proveía, grabando en mi alma tres frases, ideas básicas del discurso, en el que habré de interpretar, glosando la frase bíblica, el pensamiento, y cantar, no con notas del divino Arte, sino con acentos épicos, el himno de nuestros Mártires.

Era un niño, y, en nuestras escuelas públicas, aprendí, aprendimos, recordadlo, condiscípulos que me escucháis, a contestar ésta pregunta de Fleury: ¿Qué quiere decir mártir? y respondíamos, testigo...

Joven seminarista, ávido de perfeccionar el buen saber, el gai decir, en el Salón de sesiones de nuestra casa Ayuntamiento, ocupada su cabecera por Magistrados, en vista pública de una causa ruidosa, oí, a un elo-cuente letrado, en los preliminares de su informe, esbozar este aforismo filosófico-jurídico: «las condiciones indispensables al buen testigo son ciencia y veracidad».

Novel sacerdote, en un templo, nos enseñó un grandilocuente Orador sagrado, a distinguir la característica del mártir, sintetizada en este bello pensamiento: *Martirem facit non res tantum, sed causa*; el mártir lo es no tanto por derramar su sangre, cual consciente y veraz testigo, que depone a favor de un ideal, como por ser un defensor y testigo, que sacrifica su vida por la más grande de las causas: por su Dios.

Eslabonadas estas tres notas, de sabor arnedano, y ampliadas por el comentario, al pie de ese altar, mirando a nuestros Santos, formulé esta conclusión: «Luego San Cosme y San Damián, mártires, fueron testigos,

---

(1) La Sala de la Audiencia estuvo presidida por el magistrado D. Félix Herrero, ilustre hijo de Arnedo.

a calidad de médicos, aureolados por la ciencia natural, inspirados por la Sabiduría, prototipos de virtudes individuales, cívicas y religiosas; emblematizados por la nobleza y la sinceridad, garantía de la veracidad; elegidos por Dios entre millares para deponer, en nombre de la medicina, a favor del Evangelio, y defender hasta sacrificar su vida no sólo inmolándose, como los sabios, por su amor a la ciencia, derramando su sangre, como los héroes, por amor a su patria, sino muriendo en una Cruz, como Cristo, por la causa, que todas las causas y amores sintetiza, y es la más grande, por la causa de su religión, por amor a su Dios.

Y tan célebres se hicieron nuestros Mártires, que los pueblos, sugestionados por los prodigios de su ciencia, celebraron su sabiduría; la Iglesia cantó un himno de gloria a sus virtudes, de honor a su gesto bellísimo de sinceridad, nobleza y de valor en sus veraces declaraciones ante el tirano; y al morir, Dios ciñó sus frentes con la corona de la inmortalidad.

Parafraseado el texto del *Eclesiastes*, queda convertido en esquema del Panegírico de los Santos.

Pacientes, dispensadme el honor de escucharlo, y os lo agradeceré en el alma.

#### PRENOTANDO.

Recogiendo las primeras impresiones causadas por mi enunciado, páreceme ver en el semblante de los intelectuales un gesto de curiosidad noble, expresión de esta reflexión interna: ¿qué juicio merecerá al Orador la ciencia médica de los Santos? y vosotros, sencillos hijos de la Rioja y de Navarra, con noble ingenuidad, estáis balbuceando, y por respeto al lugar Santo, no escapa de vuestros labios esta pregunta más sencilla: ¿Cómo curaban los Santos? Esperad un momento y procuraré complacerlos.

Hemos de convenir, como católicos, y admitiremos, convencidos, ésta verdad indiscutible: que Dios N. S., infinitamente sabio y providente, interesado y decidido por el triunfo de la Religión católica, como eligió por testigos y defensores de tan gran causa, de todas las razas y pueblos las personas más nobles, diferentes por su condición social, príncipes, ricos, plebeyos, de distinta complexión y edad, adentrándose en los campos de la enciclopedia de aquella época, escogió lo más florido en las diferentes disciplinas del saber humano. ¿No había de preparar dándoles formación eminentemente científica, a los que habían de defender, en nombre de la medicina, que con la filosofía y el arte compartía los mayores prestigios, los principios teológicos del Evangelio, y presentar, en el campo de la lucha a los más sabios médicos de su tiempo, apologistas, que harían honor a su sabiduría y acierto en la elección? Pues éstos sabios fueron San Cosme y San Damián. El hecho es histórico; Dios los escogió, y hubo de coronar su triunfo; no puede nadie disputarles, pues, su eminente sabiduría.

Admirador y partidario de la crítica, apelo al razonamiento; pero antes tomemos posiciones.

## (Corazón grande de dos sabios Médicos)

### I

#### *Sapientiam Sanctorum narrent populi...*

En la época en que vivieron nuestros Santos médicos, la ciencia o arte de curar era una planta muy joven, en período de nacimiento; tan pequeña, que desconocíase lo más primordial, la circulación de la sangre; tan inexplorada, que, prohibida por el Paganismo la disección de cadáveres, los conocimientos anatómicos estaban reducidos a lo que la observación pudo colegir del estudio que hicieran los galenos en los circos, convertidos en sala de ligamentación, al curar los miembros mutilados de los gladiadores.

Estaban muy lejos del siglo XVI, época de floración médica, en la que dieron pasos de gigante Paracelso, Cuvier y Baylli; más aún, de los tiempos en que saboreamos los frutos de la biología de Pasteur, la microbiología explorada por Ferrant en España, la histología del gran Cajal, y sorprendidos, admiramos los secretos que revela la radio, los fenómenos del radium y el tesoro científico de laboratorios y academias.

Monopolizada la medicina por los Asclepiades, convertida en ciencia por el gran Hipócrates, siglos antes de Jesucristo, pero patrimonio, en los templos guardada, de las civilizaciones egipcia, india y china; monopolizada por los sacerdotes paganos o budistas, no diera un paso, materializada y hecha juguete de la superstición, a no habérsela redimido y puesta a salvo, llevándola a la gran Academia de Alejandría, templo de las ciencias filosóficas y médicas, siempre unidas, Santuario del Arte y Areópago de los sabios.

Pero al conquistar Roma los grandes pueblos, que llevaron el cetro del poder antiguo, destruyó sus civilizaciones, y como con sus ídolos formó el Panteón de los dioses, y de los cetros reales se sirvió para tejer un nido a las Aguilas imperiales, no había de librarse del expolio la gran Academia, y con lo más selecto de su biblioteca, nutrió la estantería de la romana; y más cruel, destruyó, incendiándola, el tesoro científico de muchos siglos.

Providencialmente, en el siglo segundo de la Era cristiana, apareció el gran Galeno en Pérgamo; recogió lo muy poco que de la ciencia médica librara la tradición, y fundó la Academia de Cnido. No bastando las obras que escribiera, a su avidez por enriquecerla, se fué en busca del tesoro de Hipócrates y de la escuela de Cos a Roma. A costa de elaborar la triaca para un emperador enfermo y valido de su fama, penetró en la Academia; se alzó con el tesoro de la ciencia médica; salió huído de Roma; se refugió en la Arabia y, satisfecho de su conquista, aunque pagano, cantó agradecido un himno a la sabiduría, bondad y poder de Dios, que de nuevo permitía reconstituir el tesoro de la ciencia médica, por amor a la humanidad.

Oráculo de los médicos árabes, sus grandes pensamientos, bellos aforismos, las notas de su himno, fueron el primer aldabonazo dado en la casa solariega de una señora muy noble, culta y cristiana, la gran

Teodora, que despertara llamando al cultivo de la ciencia médica a sus dos jóvenes hijos, Cosme y Damián, admiradores de su compatriota, el genial Galeno.

En la Academia árabe, en la escuela de Galeno, cultivaron la ciencia médica retrotraída por tantos azares, varios siglos al progreso; con los principios académicos, a sus manos cristianas llegó materializada, y su genio emprendió su espiritualización; sombreados por la superstición los principios activos de la limitada farmacopea, devolviéronles su valor real, y aleccionados por la experiencia, iluminados por Dios, que les había elegido para grandes empresas, abrieron nuevos derroteros a las conquistas médicas y fundaron la escuela cristiana.

En el libro de Hipócrates, el Archeas, aprendieron la etiología de las enfermedades; en las sagradas escrituras, el origen y sus causas morales, confirmadas en parte por el libro de las afecciones de Galeno, y atisbaron los principios biológicos.

En el libro de las epidemias del médico de Cos, en la relación trágica de una enfermedad contagiosa, que convirtiera en inmensos cementerios ciudades enteras, a la que el Genio de Hipócrates cortara el paso a Oriente, formando un muro de fuego extensísimo, Dios debió hacerles ver cuáles eran los caminos que seguían los agentes de la enfermedad, y en ellos sorprenderían la microbiología andante entre sombras, que disipara el siglo XIX.

Estudiando el tratamiento de Fila, hija de Pérdicas, rey de Macedonia, enamorada e histérica, curada ingeniosamente por el gran médico, concibieron las relaciones recíprocas del organismo y del espíritu, que han dado lugar a la formación de la fisiología psicológica, al conocimiento de la Hinopsis, a los fenómenos sorprendentes de la Psicología experimental y siempre, iluminados por Dios, de aquellos hechos mitad históricos mitad fábula, pero que, como dice Le Fontaine, llevan un fondo de verdad, tomaron los elementos científicos; asesorados por los grandes pensamientos de Hipócrates y Galeno, los elevaron a principios; inspirados por el Evangelio y por la fe, fundaron la escuela cristiana, psiquiátrica, más bien médico-psicológica, y sin llegar a las definiciones categóricas actuales, pero con un dominio en el arte de curar y una sabiduría, don del Cielo tan grande, que asentaron el principio básico de la intervención divina, como primera causa en el alma; la influencia del espíritu, con sus afecciones y pecados en el corazón, en la vida, en el organismo, en la salud y en la muerte, que es la teoría de las emociones tan de actualidad.

De los conocimientos de su época aprovecharon lo racional, y fueron hombres de ciencia, que conocían los fenómenos por sus causas, *scientia est cognitio rerum per causas*: la fuerza telepática de la oración les puso en posesión de la sabiduría *cognitio rerum per causas altísimas* y diagnosticaron las enfermedades por las causas, no solo naturales y psicológicas, sino también teológicas, divinas, y fueron sabios. Y si *scientia sapientis sicut inundatio abundabit, et consilium illius sicut fons vitae*

*permanent (1)*: si la ciencia del sabio toda ciencia abarca, e inspirada por Dios no le guarda secretos, es lógico suponer que no fueran misterios para San Cosme y San Damián los grandes conocimientos actuales, su dictamen sapiencial, fuente fecunda, que llevó a todos los enfermos la recuperación de la salud, la seguridad de la vida.

Que no nos dejaron obras escritas que inmortalizaran su ciencia, no lo extrañéis; ¿era esa su misión?; Jesucristo, su maestro, murió sin que su sabiduría escribiera unas cuartillas, pero ahí están el Evangelio revelando la divinidad de Jesús, y las actas biográficas y martiroológicas de los Santos, probando, con las curas prodigios, una ciencia, quizá superior a la de nuestros sabios y, con milagros, su pleno dominio en las leyes de la naturaleza, a lo que no ha llegado la ciencia actual.

Este es el juicio que merece al orador la ciencia de los Santos; fueron, pues, médicos muy sabios; ¿Y como curaban?

Es nuestro organismo, nuestro cuerpo, sencillos devotos de los Santos, un gran fanal integrado por millones de celdillas, en las que miríadas de seres invisibles, fagocitos y antifagocitos, divididos en dos bandos, sostienen una lucha continuada, agentes los primeros de la vida y los segundos de la muerte; si éstos vencen, destruyen las celdillas, producen la fiebre e inoculan la enfermedad; si aquéllos triunfan, reparan las celdillas y el organismo recupera su normalidad y la salud, con la ayuda de la ciencia.

Semejante a un reloj, los miembros del cuerpo actúan de ruedas engranadas; los nervios son sus palancas; los huesos, ejes; la vida es la cuerda o energía, que las mueve; el corazón, su propulsor y péndulo que regula el movimiento; la mano misteriosa, que renueva la energía o cuerda sin cesar, el alma; el creador del reloj, Dios, que mientras vive el hombre actúa en el alma; el alma en la vida, la vida en el corazón, el corazón y el alma en los miembros; la vida, con los principios activos, en el fanal, donde, con corrientes de sangre nutriente, ayuda a los fagocitos en su labor reconstructora, de salud y de vida.

Ante un caso patológico, ante un enfermo, nuestros Santos médicos, utilizando su ciencia, previo reconocimiento, auscultaban y examinaban en qué órgano se libraba la lucha entre fagocitos y antifagocitos; si no bastaba la ciencia acudían, por medio de la oración, a la sabiduría y con su ayuda, seguros, diagnosticaban y proponían la medicina adecuada, según los principios de su terapéutica; psicólogos eminentes, reanimaban con sus consejos, valorados por su prestigio, al espíritu y al corazón, devolviéndoles energías necesarias, para que no decayese el organismo; etiólogos eminentes, seguros de que el pecado fué la causa original de las enfermedades, como lo es y será, proponían la recepción de los S. Sacramentos para hacerla cesar, devolviendo al alma su actividad y energía; si la enfermedad avanzaba, acudían por la oración a Dios pidiendo su concurso, y restablecida la comunicación entre Dios y el hombre, su ciencia encarga-

(1) *Eclesiast.*, 21-16.

da del organismo y su sabiduría del espíritu, devolvían la salud al enfermo; y su semblante, esfera en que la alegría revela salud, los ojos vida, la palabra actuación del alma, y el conjunto movimiento regulado del organismo, en el que se dibujaban y señalaban las horas buenas, los años felices de la existencia, que Dios prorrogaba por la asistencia científica y oración de los santos médicos, con sus curas prodigios, y los milagros, pruebas de su ciencia soberana, tomadas de las actas indicadas. ¡Qué corazón más hermoso el de los sabios médicos, qué grande es!

La fama, bien cimentada y probada, de la sabiduría de los Santos, juntó las manos de los pueblos para tributarles, con su aplauso, el homenaje del reconocimiento; y la Arabia fué el primero que, honrándose con la grandeza de sus hijos, celebró sus triunfos, bendiciéndoles la Patria y dando gracias al Cielo por las manifestaciones de su bondad y de su poder, de que hacía gala, utilizando a su favor la ciencia guarecida en el corazón de sus elegidos.

El consejo del *Eclesiastes* quedó cumplido: *Sapientiam sanctorum narrent populi*.

## (Corazón generoso de dos sabios santos)

### II

*Et laudes eorum nuntiet Ecclesia.*

La ciencia de los Santos no fué un objetivo, que persiguieron con finalidad humana, sino medio escogido para cumplir la misión que Dios les confiara.

Educados por su culta y santa madre, antes que médicos fueron fervorosos cristianos, y las primeras leyes de la vida, que estudiaron, fueron los mandamientos, leyes que regulan la vida del alma, que aspira a ser inmortal: «*Si vis ad vitam ingredi serva mandata*» (1).

Siguiendo el consejo del Evangelio «*Si vis perfectus esse vende quod habes, et da pauperibus*» (2) y aspirando a una vida perfecta cambiaron las riquezas materiales por los tesoros de la ciencia médica y de la virtud, instituyendo, muerta su buenísima madre, por herederos a los pobres, con lo que les redimieron de la miseria y purificaron a sus propias almas de las imperfecciones y apego a su casa solariega, según el consejo del libro de Tobías «*peccata tua elemosiniis redime*».

Aspirando a ser semblantes de Cristo, escucharon su llamamiento: «*Si quis vult post me venire abneget semetipsum*», (3) y abandonando su casa, pueblo y región, fuéronse a pueblos desconocidos, donde quedaran esfumados, como los de Jesús en Judea, su origen nobilísimo, su personalidad, las consideraciones que merecían a sus conciudadanos, a ejercer la

(1) Math Cap. 19, v. 17.—(2) Idem 19, v. 21.—(3) Idem 16, v. 24.

medicina, prodigar el bien, cumplir la misión que Dios les confiara. Y tomando la Cruz, báculo del misionero, *tollat crucem suam*, en el camino, y estandarte de su cruzada en la lucha por redimir a los pueblos de las enfermedades del cuerpo y del alma, ante las muchedumbres desconocidas la enarbolaron, proclamándola cátedra de su ciencia médica, trono del Autor de la naturaleza y de la gracia, altar donde habían de ofrendar sus sacrificios por amor a los hombres, y siguiendo a Jesucristo, *et sequatur me*, ultimar su consejo.

Y como el divino Rabbi, ante todo maestros, recorrieron los pueblos ilustrándolos con la doctrina del Evangelio, *docendo*, enseñando que las enfermedades y la muerte tuvieron su origen en el pecado, *per peccatum mors*; pero que Jesucristo, que, redimiéndonos del pecado, levantó a los enfermos del lecho del dolor con sólo decir, *surge et ambula*, levántate, anda; y a los muertos de la tumba, mandando *Lázare exi foras*, sal de ahí, amigo Lázaro; y venció a la muerte fallando te vencerá, ¡oh muerte! el Autor de la naturaleza y de la gracia, nos prometió, *majora horum facietis*, haréis mayores prodigios aún que los míos, *fide*, si la fe a vuestra ciencia informa infundiendo poder a vuestra palabra, siempre que los enfermos, iluminados por la misma fe y redimidos por la gracia, merezcan podáis decirles como yo: *fili fides te salvum fecit*, hijo mío, te ha devuelto la salud la fe: demostraron su origen divino con la ciencia médica, refrendada por prodigios, como Jesús y *sanando*, curando las enfermedades del cuerpo y procurando la salud del alma, conquistaban corazones para Dios; nobles anargirios, *benefaciendo*, pasáronse la vida haciendo bien, prodigando los servicios de su ciencia y los tesoros de su caridad, a costa de fatigas, sudores, hambre, sed, trabajos, contradicciones y sufrimientos; y sin que al sueño dieran tiempo de reparar su agotamiento, bajo la bóveda estrellada en el silencio de la noche, largas horas pasaban pidiendo al Redentor, en oración ferviente, la salud de sus enfermos y el triunfo de la Cruz: ¡Generoso corazón!

Semblanzas de Cristo, celebérrimos por sus obras, tan sólo descansaban y era su consuelo, viendo a los pueblos asombrados de su ciencia, convencidos por sus virtudes heroicas, sugestionados por tan generosos sacrificios, postrarse ante la Cruz y adorar en ella agradecidos la sabiduría infinita, el poder y la bondad divinas, el valor del sacrificio del Redentor, que por intercesión de los Santos les concedía los dones de su salud y de su fe. Y la naciente Iglesia ¿no había de cantar un himno de gloria y de honor al corazón generoso de los sabios médicos, nobles compatriotas; cómo no había de celebrar las virtudes de los Santos siguiendo el consejo del *Eclesiastes*, *et laudes eorum nuntiet Ecclesia*? Y lo cantó entusiasta, bendiciendo sus virtudes, sus prodigios, sus favores, que son favores de Dios.

## (Corazón heroico de dos Santos Mártires)

### III

*Nómina autem eorum vivent in saeculum saeculi.*

Personalidad de tanto relieve, por la ciencia y las virtudes formada, llevóla en sus alas la fama, a las regiones donde se cierne lo sublime, y en la carroza del sacrificio, actuando de auriga la fuerza del misterio, de corceles los prodigios, llegó a todos los pueblos, y entrando en la Ciudad, residencia del Gobernador, en la Arabia, quedó Lisias apercebido de la influencia de los Santos en la difícil misión que Roma le confiara.

Y el nuevo Poncio, mandatario y ejecutor implacable de las leyes draconianas del Imperio, sintetizadas hasta en el aforismo, privilegio de sus patricios «*sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas*»; que tenían por finalidad primordial, anular la personalidad de los pueblos conquistados; el autócrata que para cumplirlos, con acierto digno de mejor causa, vengándose de Galeno en la Arabia, suprimió escuelas y persiguió a maestros; el Gobernador que, cual testigos de su actuación mandaba a la ciudad del Tíber árabes barbarizados, para acrecer con ellos las legiones del Imperio, y parias, gladiadores dispuestos a luchar en los circos y a morir a la voz de *Imperator morituri te salutant*, como hijos de un pueblo noble, pero sin pueblo y sin Rey; el delegado romano, que derribando altares, asolando templos cristianos, apresando discípulos de Cristo, acopiaba víctimas, destinadas, unas al coliseo de Roma para que al grito de *cristiani ad feras*, sirviesen de solaz al populacho, de sacrificio inmolado a los emperadores, actuando de divinos, o les hacía morir en sus propios pueblos, cual tributo de sangre al Paganismo; Lisias, fiel a sus señores Diocleciano y Maximiano, celoso de la autocracia del Imperio, que veía arrollada la ciencia de sus oradores, el arte de sus poetas, socabados los cimientos de su soberanía, hecho el vacío y el ridículo a los dioses, comprometida su autoridad y vacilante su gobierno por la influencia avasalladora de los ilustres filósofos, patriotas y cristianos, Cosme y Damián, falló que debían desaparecer del Arabia o ser condenados a muerte, si no conseguía hacerlos apostatar.

#### TRES GRANDES AMORES HERÓICOS.

Y nuestros Santos, como Cristo, fueron prendidos, maniatados y conducidos a su Tribunal, pero descontado de antemano el final próximo de su vida, llevaron consigo la Cruz, altar para el sacrificio, frustrando así la esperanza del Gobernador, y aceptando la sentencia de muerte a la que precedió el interrogatorio siguiente: ¿Qué es de vuestra ciencia, de vuestras artes mágicas y de vuestra evangelización, les dice Lisias, sino una diatriba para rebatir con engaños la sabiduría de nuestros dioses?

—Nosotros no admitimos una sabiduría que no lleva por alas la verdad y la razón; contestaron los Santos.

—¿Y cuál es la verdad?

—Vuestros dioses no tienen alma; si ojos, no ven; si lengua, son mudos; mármoles fríos, sin corazón que sienta, ni inteligencia pensadora, jamás serán depositarios de la verdad ni del amor, patrimonio del espíritu, que la lengua revela con la palabra, los ojos lo hacen expresivo con su mirada, y lo hace amable el sentimiento: ésta es la gran verdad. Lo que llamáis artes mágicas, es el poder soberano de la ciencia médica, que nuestro Dios, ser inteligente y bueno, inspira y hace eficaz; don del Cielo, que utilizamos gratuitamente a favor del enfermo, por amor al hombre y con la ayuda de sus enseñanzas, evangelizamos a los pueblos. En nombre, pues, de la ciencia médica, corroborada con prodigios, defendemos nuestra religión divina y reclamamos para el pueblo cristiano, más noble que el pueblo romano, la libertad de creer, la educación para adorar a su Dios infinitamente bueno y sabio, que se revela, y nosotros somos testigos, en las obras, de las cuales nos hizo instrumento su Omnipotencia soberana.

Desconcertado Lisias, les increpa y acusa: Vais lanzando a la faz del noble Imperio el lodo de la maledicencia, culpándolo de encarnar todos los vicios; socabáis su soberanía, imponiendo las conciencias a un código que no es su ley; y contra su autoridad, subleváis a los pueblos.

—Nosotros, responden los Santos, árabes y médicos cristianos, nos limitamos a curar las enfermedades físicas y a procurar se limpien las almas de la lepra corruptora, que importaron a nuestro país las costumbres romanas; acataríamos la soberanía del Imperio, si fuese legítima; si sus leyes no fueran expresión de la voluntad de unos tiranos; defendemos la libertad de nuestros compatriotas, la independencia de la Arabia, el valor jurídico de nuestro código, la autoridad de nuestros pueblos para gobernarse a sí mismos, y lo haremos cumpliendo un deber sagrado, aunque nos cueste sacrificar la vida, por amor a nuestra patria.

—No os concedo más derecho, dice Lisias, que el de elegir o el camino de nuestro templo, y ofrecer en él incienso a nuestros dioses inmortales, o el del circo, y en una cruz inmolados, morir por vuestra deidad.

—La cruz, preparada de antemano fué; vedla aquí, responden Cosme y Damián: la elección propuesta, traíamosla descontada; pero apelamos al derecho de defensa que nos concede vuestro código y que habréis de respetar: Vuestros dioses son inmortales; ¿no han de serlo? ¿si nó han nacido aún! ¿cómo podrán morir?; fríos bloques de piedra, que el hombre talla y da forma, para que las gentes incultas tengan idea de lo que serán, cuando la vida les anime; inferiores al artista que los cincela, no tienen derecho a que defiendas su existencia mentida, y menos a que hombres de ciencia les ofrenden el homenaje del incienso, símbolo de la oración, pues fuera ridículo hablar ensalzando su sabiduría, virtud y poder deíficos, a una estatua que ni piensa, ni siente, ni obra, ni tiene más expresión que el ideal de su artista, que al fin es su creador. Vamos, pues, si así, autócrata arbitrario lo queréis, a ponernos al habla, como hombres de ciencia y de oración con el Verbo divino, encarnación de la sabiduría infinitamente superior al Verbo de Platón, creador y supremo artista de las bellezas que copiara Fidias, Autor de la vida y de la gracia, que se hizo hombre para redimirle

Cristo Jesús, y como Él, moriremos en una cruz, sacrificando nuestras vidas en defensa de su religión, seguros de su triunfo y de nuestra inmortalidad que nunca será atributo de vuestros dioses.

Y como Jesús, los Santos fueron flagelados; pendientes de la Cruz, su cátedra, trono y altar, actuaron de testigos; y su testimonio tuvo un valor jurídico imponderable. Utilizando la ciencia médica y en su representación hablando el lenguaje de los apologistas, que esmaltado por la belleza de sus virtudes individuales, cívicas y religiosas, se hizo elocuente y como expresión de nobles convicciones, arrogante; avalorado por su sacrificio voluntario, grato y sincero; llevando por alas la sabiduría y la veracidad que acrecen el desprecio de la vida y la aceptación de la muerte antes que traicionar a su conciencia, como los sabios, se sacrificaron por amor a la ciencia y al hombre; como los héroes, derramaron su sangre por amor a su patria; como los mártires, se inmolaron en el altar de Cristo, por el amor, que todos los amores sintetiza, por la causa más grande y sublime; murieron por la causa y amor de Dios: ¡Heróico corazón!

Antes de expirar, entonaron un himno a la ciencia y a la fe unidas, y como médicos, agotando las energías del corazón que agonizaba, con el último adiós a la vida, cantaron la sabiduría y el poder del Creador; vestidas sus almas con el ornamento de sus virtudes, bendijeron las bondades y la belleza del Altísimo, antes de abandonar al cuerpo, morada de la tierra; mártires, ofrendaron su sacrificio, agradecidos, al Autor de la vida y de la muerte, y posadas en sus labios un momento sólo, al emprender el vuelo, pidieron al Redentor la corona de la inmortalidad.

Rodeados de ángeles que cantaban «Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de heróica voluntad», partieron de la tierra; llevaban, como trofeo, la ciencia, la belleza, el bien prodigado, la sangre vertida; e imágenes de Dios y semejantes a Jesucristo, penetraron más grandes y hermosos que Adán en el Paraíso; y entre explosiones de gratitud y de amor a Dios, fueron coronados de gloria y cubiertos con el manto de la inmortalidad.

En la Arabia, quedaron dos cadáveres; sus frentes, despedían destellos de luz celeste; sus cuerpos, cubríalos, en vez de la mortaja, el manto de su propia gloria; muertos, aún latían sus corazones, movidos por la fuerza del heroísmo; más que dos ajusticiados, Cosme y Damián parecían, como Cristo, dos reyes entronizados en la Cruz.

Los pueblos enardecidos, la Iglesia naciente entusiasmada, cantaron, en vez de sus funerales, el himno de gloria compuesto por el *Eclesiastes*, *Sapientiam sanctorum narrent populi et laudes eorum nuntiet Ecclesia*; canto que Dios terminó mandando desde el Cielo grabar ¿en la lápida de sus tumbas? no; en la portada de sus templos, éste expresivo epitafio:

**Nomina autem eorum**

**COSME Y DAMIÁN**

**Vivent in saeculum saeculi**

**Médicos, Santos, Mártires, Inmortales.**

## El Himno lo repiten diecisiete siglos

Y a los pueblos árabes, ensalzando su ciencia, sucedieron Roma cristiana, dedicándoles una Academia; España, fundando el gran colegio de San Cosme y San Damián, en Zaragoza, plantel de aquellas celebridades patrias, S. Isidoro, S. Leandro y S. Ildefonso entre otros; las Asociaciones médicas de los países cristianos, eligiéndoles por patronos en todos los siglos; los doctores de la Universidad de Lila, invocando a los santos Médicos y jurando defender los principios católicos, que informan a su Facultad; las escuelas de Hipócrates y Galeno, que aún viven en Montpellier y París, haciendo honor a su origen, sellado por el espiritualismo de los Santos; la Oficina de comprobación en Lourdes, contrastando los prodigios de curación con los aforismos de los Santos; los pueblos todos, nosotros, celebrando estas fiestas solemnísimas y cantando entusiasmados su ciencia, en los templos a ellos dedicados; son los pueblos navarros, que, por no tenerlos, a nuestro templo vienen henchidos de devoción, y santamente envidiosos, al llevar sobre sus hombros las imágenes que aquí veneramos y a la voz de *¡a Navarra!..., ¡a Navarra!..., ¡a Navarra!...*, enardecidos, desviándose de la procesión, inician tomar el camino que a sus pueblos llega, para entronizarlos en sus templos, y proporcionar a sus médicos la inspiración y ayuda de su ciencia soberana. Navarros: creéis hacernos un favor dejándonosles un año más, cediendo lo que proclamáis derecho secular; os lo agradezco y bendigo la manifestación de vuestra devoción; pero pensad, para el año próximo, si caben tanta gloria y tanto cantor en vuestros modestos templos; si no será más acertado unidos todos aquí, cantar en éste suntuoso templo, haciendo coro al eco universal, el himno a la sabiduría de los Santos, con la solemnidad que merecen, cumpliendo de un modo digno el consejo del *Eclesiastes*, *Sapientiam sanctorum narrent populi: et laudes eorum nuntiet Ecclesia*.

Como la Iglesia naciente de Arabia celebró las virtudes de los Santos, la Iglesia católica continúa el himno de honor, invocándoles en el Canon de la S. Misa; en las letanías generales; celebrando su fiesta e implorando su protección médica, en el jueves central de la S. Cuaresma; en el templo de Roma, con estación y título que lleva un Emmo. Sr. Cardenal, y para quien es alto honor presidir sus fiestas y proclamar sus virtudes.

Tanta gloria había de suscitar celos santos, y poniendo en duda su legítima personalidad de derecho, otros pueblos reclamaron sus honores para otros Santos del mismo nombre, pero de distinto origen, y la Iglesia, siempre acertada en sus santos juicios, con las actas de la vida y martirio de nuestros Santos y el historial incunable de su culto, falló que debía continuarse cantando el himno a la ciencia y a las virtudes, y el culto, en litigio, a los Santos hijos de Teodora, oriundos de Egea, en Arabia, médicos, patriotas y mártires; y el fallo y consejo *et laudes eorum nuntiet Ecclesia*, sigue cumpliéndose: *Nomina autem eorum vivent in saeculum saeculi*.

Miradles, vienen, no como el primer hombre al calvario, sobre un bael sombreado por la noche oscura del alma; batido por el oleaje de los odios; acechado por la muerte; llegan cruzando la historia como los sabios

y los héroes, cabalgando sobre los hombros de los siglos; como los Santos y los Mártires, bogando en la nave de la Iglesia, a todas las playas, a todos los pueblos llegan, exhibiendo su corazón, urna que nos trae y ofrece el tesoro de su ciencia, de sus virtudes y de su sacrificio, almo-aliento de fe, esperanza y gratitud.

Los grandes del mundo, yertos sus cadáveres, olvidados en los sepulcros yacen; nuestros Santos viven glorificados en los Palacios, templos de Dios: ¿los véis? tienen por Alcázar este suntuosísimo templo y en aquél trono, coronados de gloria como los inmortales, reciben y recibirán durante muchos siglos el homenaje de los pueblos; *nomina autem eorum vivent in saeculum saeculi*; lo ha dicho el Infalible; su recuerdo perdurará porque viven en presencia de Dios y vivirán en la de los hombres. *Immortalis est memoria illorum quoniam et apud Deum nota est et apud homines (1)*. Su memoria es inmortal.

EL ORADOR HABLA COMO TESTIGO.

Intérprete he sido del pensar de los pueblos, de la Iglesia y de Dios; pero testigo aleccionado por la experiencia, persuadido del favor divino, vengo a deciros ahora: minada mi salud por larga y cruel enfermedad, esqueleto ambulante, demacrado, sin energías, de tardo paso y vacilante; triste, desfallecido, casi agostada el alma y acechado por la muerte, llegué a tomar la cruz en mis manos, y a ofrendar a Dios mi vida, creyendo morir. La ciencia médica, sus doctores, a quienes estoy reconociéndísimo, lucharon conmigo; su tratamiento y consejos, ciegamente seguidos, me defendieron de la enfermedad, logrando mejorar: acudí a los Santos, su ciencia, médico-espiritualista, dió energías al espíritu; el alma reanimó a mi organismo, y sentí el aleteo de la esperanza, que Jesús acrecía en la Sagrada Eucaristía; paciente, confié que Dios N. S. completaría la merced de mi restablecimiento; y vedme aquí rebotando salud, convencido, diciéndoos: todo lo debo a la ciencia, a los Santos, y muy principalmente, porque nuestra salud y nuestra vida en sus manos está, *salus nostra in manu tua est (2)*, las debo a Dios.

### Himno de gratitud

Con energías propias de una juventud pletórica de vida, hice el panegírico de los Santos. Fuera ingrato, y no he de caer en la justa censura de Selgas, si, reconocido a sus favores, no les cantara hoy un himno de gratitud, glosando el que la Iglesia entona en ésta festividad: *Sanctorum meritis inclita gaudia pangamus socii gesta que fortia... (3)*.

Cantemos, queridísimos conciudadanos, y me daréis la mayor prueba de afecto, vosotros en el lenguaje de la oración, y el orador con la palabra, gozos gloriosos a los Santos benditos. Quiera el Cielo concederme

(1) Sap., cap. 4, v. 1.—(2) C., cap. 47, v. 35.—(3) Himno de Mártires.

ser digno intérprete de vuestros sentires, mecenas encomiador de su ciencia, rapsoda de sus bellísimas virtudes, bardo de su heroísmo, para cantar, como merecen: Corazón grande, generoso y heroico, yo te admiro, bendigo y glorifico.

**¡CORAZÓN GRANDE!** tallado a la medida aproximada del Corazón divino; nido desde donde vuestro espíritu, soñando en nuestro bien, al suave arrullo de la sabiduría, elevó al Cielo una oración agradeciendo sus favores, más dulce que el himno del ciego Milton, cuando canta, en su Paraíso perdido, al Creador de la vida y a la luz: ¡YO TE ADMIRO!—**¡CORAZÓN GENEROSO!** bajel en el que vuestras almas, vestidas de la ciencia, embellecidas por la virtud, alentadas por la caridad, más gentiles y arrogantes que la dama del pensamiento de Dante, llegaron al vestíbulo del Paraíso celeste, rogando a su Señor, para el enfermo, aliento a su esperanza, remedio a sus dolencias, salud, vida y virtud, y conseguidas, continuáis de ellas haciéndonos merced: ¡YO TE BENDIGO!—**¡CORAZÓN HERÓICO!** altar del sacrificio, donde ofrendásteis vuestra vida, pidiendo, en estrofas más emocionadoras que las poesías provenzales, el triunfo de la ciencia cristiana por amor al hombre; de vuestro país y de la virtud por amor a la Patria; de la Religión por amor a Dios, consiguiendo, un triunfo, y hoy para nosotros, el aumento de la fe, la virtud y la vida de la gracia: pangamus gesta que fortia, al cantar vuestras gestas heroicas: ¡YO TE GLORIFICO!

Gilscens fert animus, pròmere cantibus, victorum genus optimun: mi alma, entusiasmada quiere llevar a las estrofas del himno, con todo su realismo, la personalidad de los vencedores, de los mártires; y nada la revelará mejor que su panegírico, en el que destacan su grandeza, la elocuencia de su sabiduría y de sus prodigios; la poesía de sus virtudes, la belleza de su heroísmo, caldeadas por el fuego de la devoción, alentadas por la vibrante palabra del orador reconocido, que aclama a los Santos, faro de su esperanza, oasis de su piedad, fuente de su salud y sagrario de la fe. (Glosa no pronunciada y complemento útil de exposición).

Alienta, corazón mío, y termina el himno con una estrofa, en la que presentes la ofrenda de un ramo, una lira y un corazón, que canten: *gratitud*.

El ramo es místico, mi discurso; la variedad de sus flores simboliza la policromía de mis ideas; sus matices, las imágenes de que se visten; sus cálices llevan el polen fecundante de mis consejos y el aroma de mis amores; sus hojas, el rocío de mis palabras condensado, formando perlas, tesoro del alma, que vaciara el corazón; y el ramo, coronado por un pensamiento, la flor más bella como pensamiento de Dios, es la ofrenda de gratitud que envió a Vos, Santos queridos, a la Virgen de Vico y a Dios.

La lira es el pueblo que os admira, bendice y canta vuestros favores; almas identificadas con los pensamientos del orador, a quien hace intérprete de su gratitud y de la pleitesía que os rinden, ofreciéndooos copiar vuestras virtudes, fruto que espero de mi trabajo, que yo os ofrendo, y seguir vuestros consejos para aprender a vivir, a recuperar la salud, pero también a bien morir: oíd a los Santos Médicos.

«La vida, se conserva con higiene y con virtud; la salud se recupera con fe humana en los doctores de la ciencia médica, y mucho mejor en nuestros principios espiritualistas, y obediencia a nuestras prescripciones; si la enfermedad avanza, recibid pronto los SS. Sacramentos; los pecados y las penas, agotan al espíritu; el alma aplanada consume las energías del organismo, hacen ineficaces los auxilios de la ciencia y los de nuestra intercesión. Esta es nuestra ciencia y lo será en lo porvenir. Si Dios os llama, procurad morir abrazados a la Cruz. ¡Quiera el Cielo que estos consejos no los lleve el eco, por no haberlos recogido, a perderse en el vacío!»

¡Ah! me diréis: ¿morir, nos recordáis, en el día de los Santos; y morir como ellos en una Cruz? ¡Ojalá fuese verdad belleza tanta...! morir por la Ciencia, la Patria, por Dios... Así lo canta un poeta: ¡Qué bello es morir!

Pero no es tan heroico el consejo: no se necesita, para morir como los justos, la ciencia de Santo Tomás, las virtudes del Serafín de Asís, la grandeza de alma de Santa Teresa, el heroísmo de San Cosme y San Damián; en el Cielo, hay moradores muy sencillos, de plácida muerte. Oíd cómo... **UN CORAZÓN DEL AGRO**, al fallecer, cierra nuestro himno cantando los **TRES SANTOS AMORES** que le valieron un Cielo.

En mi deseo, Santos benditos, de encargar a un alma redimida, que en mi nombre, os llevase al Cielo la ofrenda de mi gratitud...

Era de noche y soñaba... estar en la pobre vivienda de un labrador, que, por su sencillez, su lenguaje y por su fe, me pareció ¿navarro? ¿de Arnedo? un moribundo que se preparaba a recibir los SS. Sacramentos. Momentos después de recibirlos, plácidamente, sin agonía, expiró. Y le ví, que abrazado a la Cruz, como un aeronauta, escalaba las alturas, atravesar las regiones estelares, y desaparecer en la masa cósmica, a que llamáis camino de Sanlago. Observé atento unos momentos; sentí unos albadonazos, que por la sonoridad y vibrar dulce, me pareció ser el de las puertas del Cielo, y a seguida una voz que decía:

—¿Quién llama?

Y nuestro hombre, respondió:

—Soy un español, nacido en una de las cuencas del Ebro, que ha muerto como buen cristiano, y abrazado a la Cruz llegué, despertando, aquí.

El ángel abrió la puerta; se cruzó en la entrada, cortando el paso al labrador, y le preguntó:

—¿Qué méritos alegáis para extenderos la carta de ciudadanía de esta Patria feliz?

—Señor, no soy sabio; sólo aprendí el catecismo y a cultivar la tierra; ángel tutelar de mí mujer, maestro cristiano de mis hijos, amigo de mis paisanos, cumplí el mandamiento «Amarás a tu prójimo».

Y el ángel, hablando, escribió: «AMÓ AL HOMBRE».

—Humilde, pero honrado ciudadano, respeté a la Autoridad, observé las leyes, pagué tributos, y serví, de buen grado, en el ejército, a mi Patria y a mi Rey.

El ángel siguió anotando: «AMÓ A SU PATRIA».

—Cristiano sencillo y práctico, los consejos del Evangelio, fueron la norma de mis acciones; me gustó ser caritativo; recibí con frecuencia los SS. Sacramentos.

Y el ángel apuntó: «AMÓ A DIOS»...

—Tanto, que al sentirme morir, no pudiendo ir a la Iglesia para despedirme de Jesús, le rogué viniese a mi casa; amable, inmediatamente me visitó; agradecido, le recibí y tan fuertemente nos abrazamos, que ni al morir le solté; y prisionero, de «AMOR», añadió el ángel, le traigo aquí; miradle: y descubriendo su pecho, en el Santuario de aquél corazón sencillo, sonriente, apareció Jesús Sacramentado.

El ángel, sorprendido, al ver cuadro tan sublime, enmudeció; y doblando la rodilla, adoró a su Dios; y el hombre, abstraído por su obsesión, siguió diciendo:

—Si no merezco entrar, llamaré a San Cosme y San Damián, y ellos me conseguirán el billete que me disteis necesitaba para pasar.

Una voz dulcísima cortó el diálogo:

—Euge serve bone et fidelis intra in gaudium Domini tui. Entra,—dijo Jesús—siervo bueno, sencillo y fiel, en premio a tus tres grandes amores, a gozar, con tu amigo Jesús, de la presencia de mi Padre y de tu Dios.

El ángel, oído el mandato de su Señor, plegadas las manos al pecho, inclinada la frente, se levantó, y retirándose a un costado, libre el paso, el hombre penetró en el Cielo.

Por la primera amplísima Avenida del Paraíso, de sin igual belleza, apareció cruzando ante el pórtico celeste una procesión, formada por numeroso concurso de elegidos; llevaban en triunfo a dos Santos, y acompañado el coro por una orquesta angelica, cantaba: «Sapientiam sanctorum narrent populi...»

Estático el hombre y emocionado presenciaba el paso, cuando al llegar la comitiva con los príncipes, al reconocer en ellos a San Cosme y San Damián, comenzó a llorar.

Entusiasmado, instintivamente, volviéndose de costado en la puerta, e inclinando su busto hacia la tierra, colocadas sus manos a los extremos de la boca, con todas las energías de su alma, gritó:

—¡Paisanos míos, navarros: Aquí están nuestros Santos; los estoy viendo pasar cubiertos de gloria!..

Observando si le ofan, calló y el coro seguía cantando:

—Nomina autem eorum vivunt in saeculum saeculi:

Y el hombre repetía:

—Viven... viven... y como ahí, también en el Cielo se celebra su fiesta.

Su voz fué apagada por las campanas de éste templo, que al amanecer, tocaban a fiesta. Desperté, abrí los ojos, miré al Cielo y la visión había desaparecido tras el manto de azul purísimo con que se ocultan a nuestra mirada las puertas de la Gloria.



